

Nuevas Memorias de Mambruno

1961

1 ENERO

El año ha empezado lluvioso, hace frío y hay un cielo triste con nubes blancas. Mambruno piensa, echado en su butacón rojo, en su obra ya escrita. Ni una sola línea fácil ni venal, todo ha ido brotando de la gruta del alma, gota a gota, arroyo o torrente impetuoso. Todo se ha ido tejiendo en renovada labor creadora, al hilo de lo vivido; sí, la verdad de un alma, su honda intimidad, el drama de la vida, de la propia existencia de Mambruno a través del tiempo.

Alta y fatal se alza en Castilla la vida, convive dentro de la realidad, concreta y saludable. Todo en Castilla es mesurado, lo mismo el paisaje que el hombre, hasta el héroe es cotidiano; a todo le da la escarcha ímpetu, fuerza, soterrada alegría. El hombre tiene aquí una resistencia secular de roble. El centro de la vida de Mambruno es Burgos y sus alrededores, a veces sus pueblos; no sólo por la vieja ciudad medieval se desliza Mambruno, sino también por las alamedas frondosas, llenas de árboles, que la rodean, a través de sus bosques ramosos de pinos, de sus avenidas de chopos, de sus veredas con olmos, de sus caminos de álamos junto al río o de sus veredas con sauces lluviosos o plateados. Mientras Mambruno camina, allá vislumbra, blanquísima y brillante, la nieve de la Demanda; en tanto, un azor negro cruza el cielo, cruje sonoro el carrascal y tiemblan las aulas.

2 ENERO

Hoy llueve también, hace frío y un cielo ceniciento cubre a la ciudad. Mambruno, reclinado en su casa, escribe como ahora, o lee. Uno de los

deseos de Mambruno es ponerse en claro a sí mismo, por esto hurga en sus recuerdos, rememora.

De pronto, como en racha, se acuerda de un suceso de su vida. Era en Madrid, hacía un frío horrible, un enero gélido y atroz, volvía Mambruno, muy joven, con sus veinte y pico de años, a su modesta pensión de estudiante. Llevaba hambre y frío, acurrucado en un rincón del tranvía, tiritaba envuelto en su viejo gabán, soplaban, de vez en cuando, un viento helado, y le hería el rostro, la garganta, sentía frío hasta en los huesos, y hambre, un hambre que le nublaban la vista. Mambruno reconcentrado en sí mismo, en su hambre, en su sufrimiento, no miraba a nadie. El recorrido se le hacía largo, se le helaban los pies, cuando llegó a Goya, bajó, y apenas sí podía caminar, casi renqueando, aterido, se metió en su habitación, destapó la cama, y vestido (salvo los zapatos húmedos que arrojó lejos de sí y el abrigo que se echó encima) se metió dentro, y a la luz de una lamparilla eléctrica leyó hasta muy entrada la noche. La obra se llamaba «La casa de los muertos», una novela de Dostoyewski, Nunca se ha identificado mejor Mambruno con el escritor ruso. ¡Qué bien rimaba la tristeza de su alma, su hambre y frío, su soledad, con aquel relato sombrío de hombres que sufrían atrocemente! Nunca, como entonces, experimentó Mambruno tanto desvío por sí mismo, nunca jamás sintió tanto amor por los hombres, una ansia inmensa de solidaridad humana. Aquella época, dos años, dos terribles años, (con muchos días pasados a pan y queso, y sin dinero para el tranvía), fueron la dura universidad donde se forjó el alma de Mambruno.

3 ENERO

Fue en Algeciras, entre los veinticuatro o veinticinco años, cuando Mambruno comprobó toda la dimensión de su ignorancia, se dió cuenta que apenas si sabía algo, un bachillerato precipitado, una carrera no madurada, de una materia, que no le gustaba, la Historia, y un enorme cúmulo de libros leídos sin orden ni concierto, lecturas en la cama desde el amanecer y noches en vela leyendo un libro. Mambruno quiso entonces saber bien, comprender, abarcar a las cosas; «poco pero bien», fue su lema desde entonces, así se engendró también su lema literario: «Sol pequeño pero con luz propia», y empezó a tomar notas, a meditar, (paseaba por la orilla del mar), a estudiar con seriedad, de veras, durante muchas horas de largo sufrimiento.

Comenzó a comprar libros y escribía versos de vez en cuando. Andaba todas las tardes junto a la bahía, se respiraba un olor a algas, enfrente

se alzaba la enorme joroba desolada del Peñón de Gibraltar. Luego iba por el muelle, envuelto en humo, taladrado de ruidos: camiones, cajas de pescados, pisadas de hombres.

De día, Algeciras se desparramaba pintoresca, blanca y azul, pero con las sucias manchas, en su encalada piel de andaluz puerto gentil, de la más hedionda miseria: barrios enteros de lata y madera, verdaderas pocilgas humanas. Brillaba el azul hermoso de la bahía y el olfato percibía el olor a brea de las redes puestas a secar al sol; la luz centelleaba sobre las aguas y había como un blanco relampagueo de gaviotas entre los palos de los barcos de pesca.

De noche, Algeciras era otra. Sombras azuladas se abatían sobre el muelle, sobre la ciudad oscura y solitaria. Sólo brillaban las luces de los cafés del puerto. Algunas veces se dejaba oír una guitarra quejumbrosa, acompañada de la voz honda del cante (de ese cante por soleares que remueve las entrañas al andaluz neto), empapado en miseria y lágrimas, en pena humana, como solamente allí (en Algeciras) se puede escuchar.

6 ENERO

4 ENERO

Día despejado con un cielo azul y un poco de sol. Estalla en el aire la alegría invernal, alegría de sol tibio y amarillo, alegría clara de Castilla escarchada. Mambruno recostado en su butacón rojo recuerda. Son recuerdos que como avispas pican en la memoria y se desvanecen.

«Año 41. Mambruno poseía una increíble ansia de vivir. El aceite se cotizaba como oro líquido, el pan escaseaba, el café, ambrosía. Lejos, la guerra: los hombres se destruían ciegamente, con pólvora, con dinamita, con fósforo, con lo que fuera. La vida era como una procesión de danzantes con caretas de animales; disfrazados, y al compás de la danza, bailaba el ratoncillo, la ratita veral, el león de heroica melena, el lobo irónico y el cerdo orondo y sensual; así iban bailando, unos y otros, a través del fango, de la miseria y del horror, sin acordarse de Dios, camino de la muerte, de la nada».

5 ENERO

Hace un día frío, duro, de Castilla. Mambruno ha continuado desenrollando el ovillo del recuerdo. Vida literaria en Madrid, mucho luchar y mucho sufrir. De pronto, un día, a Canarias, y vivió allí seis meses. De enero a junio de 1945, cumplió en la isla Palma los treinta años. El alma mambrunesca, como tiene madera contemplativa, vive a veces de lo ya

vivido, reviviéndolo y prestándole con la imaginación matices y brillos nuevos, desusados.

Entrevistas ahora, la cubierta de un barco, su balanceo, una montaña llena de verdor y un sinfín de tejados blancos y rojos. Es Santa Cruz de la Palma, vieja, recóndita, con sabor andaluz. Arcos sobre antiguos callejones, empinadas callecitas empedradas, balcones típicos. Temperatura tibia y ambiente plácido. Racimos brilladores de estrellas bajas. El puerto oscuro y triste, como excavado en forma de ataúd: allí oculta la juventud de Mambruno. Toda la costa untada de luz blanca de luna. Una luna grande y blanca, como de plata, y su luz blanquísima se derrama por cumbrés, mar y olas. Hierve el mar en un plateado rumor, no cesa, y la arena de la playa se cubre de verdes espumas fosforescentes. Tejen las olas su espumoso encaje y el verdor fosfórico se desvanece en la blancura de la espuma del mar, al súbito brillar de los embrujados rayos plateados de la luna.

6 ENERO

Es muy difícil profundizar en uno mismo, no es posible conocer lo que llevamos dentro. Nuestro corazón es un enigma hasta para nosotros mismos. El hombre, interiormente, cambia, se renueva, crece, como la flor, como el árbol, como el bosque. Cuando niño, allá en su Jerez natal, su alma era toda luz. Luego, cómo fue cambiando, cómo se fue oscureciendo, hasta que un día la inocencia se transformó en humor, y salió Mambruno, con sombrero negro, traje negro, chalina roja y un puro enorme entre los dientes, por las calles de Jerez. Mambruno cambiaría en su indumentaria, en sus costumbres, en sus vicios y hasta en sus ideas, menos en su íntima forma de ser, nunca satírica, por pesimista, ni jamás irónica por escasamente caritativa, sino humorística. Mambruno observa la vida, a través de su peculiar humor, a veces, tan fino, tan delicado, que de puro soterrado, ni se nota. Mambruno se encara con la vida, con los hombres, con las cosas, con humor, y lo justifica todo por amor, en esencia el humor mambrunesco es amor por las cosas del mundo, por las criaturas todas.

8 ENERO

Hace poco frío, y además ha salido el sol; el aire vibra claro, y en el cristal brilla la escarcha al contacto de la luz solar. Va la gente presurosa hacia sus oficios, sus trabajos o necesidades; las mujeres, al mercado, con sus pañuelos de colorines a la cabeza, pasan enfundadas en sus abrigo de

pañó oscuro; cruza, afilada y geométrica, una bicicleta, y rasga el aire, por último, la trepidación espantosa de un camión.

Mambruno trabaja hoy en su despacho, lo suele hacer casi siempre en la biblioteca, lugar más recogido e íntimo, con los libros más a la mano. En la pared de enfrente está colgado un cuadro de Modesto Ciruelos: es un retrato de Carmen, la esposa de Mambruno. Resalta en esta pintura de tonos anaranjados la frágil esbeltez, casi aérea, de la figura. Se conjuga armoniosamente un amarillo tierno con unos matices blanquecinos, a la manera de Van Gogh. Alternan complementándose el cinturón negro del traje con la cabellera negra de reflejos azulados. El óvalo del rostro es pálido, dulce, delicado, y la actitud, seria y recatada; alta y despejada, la frente y los ojos negros y expresivos. Emanan del contorno como una suave espiritualidad, como una luz vívida e inteligente, untado todo hacia un azul final que engendra el amarillo, en su oscilación anaranjada, y que denota una recóndita ternura: el alma, la psicología andaluza de la retratada.

2 ABRIL

Mambruno ha salido de excursión en automóvil con unos amigos. Hace un día primaveral, más bien tibia, aunque a veces soplan ráfagas frías. Corremos hacia Salas entre una vegetación de encinas y robles. Alternan cuervos en bandadas. Se divisan ya las tejas rojizas de Cuevas de San Clemente, con sus casas de piedra, y ese aire solitario y rural, tan de Castilla. Cruzamos el pueblo, y en las afueras montañosas se yerguen matos de carrasca. Rocas y carrascales, todo de un vigor, de un temple irresistible. Corre el auto. ¡Cuántos rebaños de ovejas! Esparcidas, de acá para allá, vellones blancos entre lo verde.

Comienzan las tierras rojas de Salas, se atisban lejanas, azules montañas; a un lado, Las Mamblas, con su picuda conformación, como de tetas azules y erectas que desafían al otro azul más intenso del cielo. Revolotean entre los carrascos picazas blanquinegras.

Llegamos a Mecerreyes. Es un pueblo con un cierto empaque de hidalguía. Casas de piedra revocada, y alguna que otra moderna, Paseamos. Arriba, los cipreses del cementerio. Abajo, calles largas con tejas rojas. Ascendemos. La iglesia, en un cerro, con su gorda campana, su reloj y un nido de cigüeñas en la torre. En automóvil, otra vez.

Entramos en el valle de Arlanza, esta es la cuna de Castilla mecida por el agua del río y arrullada por la música de los chopos de la orilla. Aquí se forjó el viejo corazón de España; hoy la fibra, la reciedumbre es la misma, Castilla sigue saludable. Toda la margen del Arlanza se halla

florecida de chopos multicolores. Ciñen al valle laderas peñascosas de carrascos y enebros. Subimos hacia las ruinas del monasterio de San Pedro de Arlanza. Delante, un campo de nogales, después, piedras con musgo, arcadas, naves o columnas, bien románicas, más tarde, ojivales. Aquí se templó el ánimo viril de Fernán González, el creador de Castilla; aquí rezaba. Hoy, sólo piedras húmedas ribeteadas de aulagas amarillas, o bien, en lo más umbroso, violetas de morado temblor. Mambruno elige un manojillo fragante y aspira su olor delicioso. Cantan los pájaros primaverales y la soledad de las ruinas se alegra con el murmullo inmortal que de la vida emana.

Son las dos cuando llegamos a Salas. La ciudad es limpia, bien urbanizada, recoleta, con casas modernas y cafés y bares confortables. Las calles anchas y asfaltadas armonizan con la suavidad verdosa del arbolado. Sus habitantes, gente sana y leal, nos acogen con hospitalidad suma. Paseamos por las afueras, antes de comer. Hay un sinfín de huertos verdecidos y muchos chalets modernos, con sus jardincillos, y más allá, varias fábricas en formación, de industria maderera, indicio de la riqueza y buen porvenir de Salas.

En el comedor de la fonda, todos comen con gusto, en silencio, un sabroso silencio, Mambruno contempla, de vez en cuando, a través de una ventana abierta todo el verdor de la primavera en Castilla.

15 ABRIL

Mambruno ha ido hoy hasta el monasterio de San Pedro de Cardeña. El automóvil cruza por la carretera de Fuentes Blancas, todo un bosque de verdor con sotos umbrosos y praderas salpicadas de blancas margaritas, de alguna que otra violeta tardía, y de temblorosos botones de oro. Después viene el páramo sombrío y desolado, yermo aun en primavera, salvo carrascas y aulagas y diversas florecillas silvestres. Aparece el monasterio de San Pedro de Cardeña, y en una hondonada, el huerto, todo florido de ciruelos, árboles en flor de diversas clases, perales o manzanos. Delimitan el contorno el verdor esbelto de unos chopos, y, encima, en un montecillo hay varios robles, como destacados, alzados, de todo el robledal, formando la «atalaya», guía y punto de orientación para el labriego trabajador o caminante.

El monasterio es muy antiguo, tal vez fue erigido entre los siglos IX o X, desde luego en el siglo XI existía, como nos lo revela el románico del claustro de los mártires, fue entonces, en esta época, cuando el Cid que salía al destierro se aposentó en él. Luego se hicieron reformas, la iglesia es del XV, y actualmente lo habitan los trapenses.

Mambruno se acuerda contemplando al viejo monasterio del también viejo «Poema de Mío Cid». ¡Cuántas veces leído por él, nunca mejor que aquí. La sobriedad pintoresca de su estilo, el gris finísimo, como cernido, que lo envuelve todo, el canto del gallo al amanecer, la medida del héroe, su ternura humanísima al separarse de su mujer e hijas, todo rima bien, hasta esa pizca de humor que el poema tiene, con el paisaje de Cardeña.

Es, en efecto, el «Poema del Cid», el retrato del pueblo en que se escribió; en él late ya toda Castilla. El Cid daba de espuelas hacia San Pedro de Cardeña, va acompañado de sus caballeros. Rompía el alba y cantaban los gallos. El abad estaba rezando los maitines. El Cid golpea la puerta del monasterio. Vuela la noticia de su llegada. Con lumbres y con candelas acude toda la comunidad al patio, trémula de gozo, a recibirlo. Tiembla doña Jimena, corza azorada, por la suerte de sus hijas, tiernas ramas de aquel robusto tronco, pero el Cid se las encomienda al abad, y le dice que no repare en gastos, que les dé cuanto necesiten, e incluso promete cuadruplicar lo que ellas recibieren. El Cid entrega además dinero al monasterio porque no quiere causarle trastorno económico.

Es un momento, de una ternura radiosa, cuando el Cid, temblándole la barba nunca mesada, alarga las manos y coge a sus hijas en brazos y amorosamente pone sus cabecitas sobre su corazón. Habla con doña Jimena su esposa, y pide a Dios volver para casar a estas hijas con sus propias manos. Desea gozar de tanta ventura.

Tañen con alborozo las campanas del monasterio de San Pedro. Van pregonando por toda Castilla cómo se aleja de su tierra el Cid Campeador. Unos abandonan sus casas y otros sus heredades y casas para seguir al Campeador. El Cid sonríe, su compañía aumenta, y fiado en su buena estrella, les promete que habían de doblar lo que perdían.

El Cid se regocijaba de ver cómo crecía su pequeño ejército. Han transcurrido ya seis días. Está anocheciendo. Sombras azuladas se ciernen sobre el monasterio. El Cid reúne a sus caballeros, y les dice que trae poco dinero, y que en cuanto amanezca, al cantar del gallo, manden a ensillar sin tardanza, pues el abad don Sancho tañerá a maitines en el monasterio. Todos obedecen. Pasada la noche, al segundo canto del gallo comienzan a ensillar. El Cid y su mujer van a la iglesia. Doña Jimena se arroja sobre las gradas del altar, y ruega a Dios por el Campeador, en una larga oración, le pide que le guarde de todo mal, y que le conceda volver a unirse en vida.

Es un instante evocador, que a Mambruno le sugiere la presencia del monasterio. La misa acabada, y todos los caballeros comienzan a montar. Doña Jimena, confusa y llorosa. Vierten amargo llanto. Se separan unos de otros como la uña de la carne. Ya están el Cid y los suyos sobre sus

caballos, ya sueltan las riendas, ya empiezan a caminar. Minaya Alvar Fañez es el pájaro de buen agüero que profetiza que todos aquellos duelos, algún día se convertirán en gozos. El leal Campeador deja su tierra. «Dios, qué buen vasallo—si hubiese buen señor». Resuena, ayer como hoy, este secular clamor.

Por la fachada rojiza del actual monasterio trepan jaramagos amarillos, rosales silvestres, hierbas diversas, cuyas semillas el viento ha elevado hasta allí. Es la hora del atardecer. Suena una campana, y los monjes trapenses desfilan hieráticos hacia la oración. Fuera, hay todavía un cielo de nubes blanquiazules, muy suaves, nubes que endulzan la aspereza del paisaje y vuelven apacible la atmósfera del atardecer.

20 ABRIL

Mambruno ha salido a dar un paseo con unos amigos en automóvil. Son las cuatro de la tarde de un día templado y lloviznoso. Caen una leve lluvia primaveral. El cielo está entoldado de nubes blanquecinas. Cruzamos Villatoro como una exhalación. Se divisa el páramo verdecido. Atrás, Vivar del Cid, con sus casas de piedra, nada señorial, ni histórico, sin nada tampoco que recuerde al Cid. Ahora, Sotopalacios, con las ruinas de su viejo castillo. Casi siempre, el mismo espectáculo, tan de Castilla, un montón de gallinas corriendo o rebuscando en el fango, o bien, un carro abandonado con las ruedas llenas de barro. Cruzamos rápidamente por un camino de chopos hacia Tobes. Descubrimos al pueblo desde arriba. Es sin duda su contemplación algo de singular belleza. Una peña enorme, ceta y resguarda al pueblo, sólo se divisan las tejas rojas de algunas casas. Se halla Tobes rodeado de un cerco montañoso, así colinas amarillas con manchas de un verdor intenso. Circuyendo a este primer tramo se alza el páramo azulado, y más alta aún una cadena montañosa, de un azul muy leve. Serpentea desde lo alto una vereda blanca. Brilla un verdor singular, como de esmeralda viva; son las tierras de cultivo. Tobes, con sus ocres, sus rojos, sus verdes, blancos y azules, maravillosamente combinados y entonados, pone una nota de color en la armonía gris del paisaje de Castilla. Pueblo con chopos, de un colorido cambiante. Tejas rojas y piedra gris, algunas casas de piedra labrada. A través del pueblo, nos hace gracia la cara estupefacta de una tropa de chavales, gordos y colorados, comiendo grandes rebanadas de pan. Los campesinos hablan y miran con desconfianza y torpeza, son pocos, los más ancianos. Los jóvenes andan, allá, en la tierra, en sus labores, una tierra arenosa, rojiza a veces, que requiere un penoso cultivo. Hay, sin embargo, buen pasto, y, por lo tanto, un queso excelente.

La vuelta ha sido aún más rápida; hemos rendido culto a esa diosa que señorea nuestras vidas: la velocidad.

JUAN RUIZ PEÑA

(Continuará).